

Afán de esencialidad

Historia baladesca de un poeta

Eduardo Gómez

Universidad Nacional, Bogotá, 1988

En la poesía colombiana del presente, el trabajo de Eduardo Gómez tiene perfiles peculiares, por la reticente forma en que invariablemente se ha dado ha conocer, por el extrañamiento personal, su permanencia de casi un decenio en Alemania, sus estudios de dramaturgia y el consecuente oficio de crítico teatral, su afición a la novela, etc. Nacido en 1935, habría que situarlo entre los epígonos del grupo de Mito y los albores del movimiento nadaísta.

Hasta el presente ha publicado cuatro libros de poemas: *Restauración de la palabra* (1969), *El continente de los muertos* (1975), *Movimientos sinfónicos* (1980) e *Historia baladesca de un poeta* (1988). Pero el hito de su producción lo marca el instante en que, a manera de obras completas, edita el libro *Poesía 1969-1985*. Hablamos aquí de la *Historia baladesca...* breve volumen editado por la Universidad Nacional, en el cual se reúne una treintena de poemas.

En la contraportada hay una advertencia que quiere relacionar el libro con los anteriores obra y pensamiento del autor: "la concepción poética de Eduardo Gómez cambia para ofrecer (sobre todo en el extenso poema que da el título al libro) una versión lírico-irónica de un poeta colombiano, inscrita en la tradición de la poesía popular con más sentido crítico (como Villon y Brecht) aunque con más complejidad y connotaciones culturales". Tras leer el poema y los poemas queda en pie antes que otra cosa la complejidad, que, naturalmente, deshace el concepto de "poesía popular", así como el sentido crítico, si se lo afilia a las connotaciones culturales, está en contra del lírico.

Acaso la filiación más próxima o perceptible en el verso de Gómez sea la de los poetas alemanes del movimiento expresionista, con su fuerza y

afán frente a la vida tanto como al lenguaje poético, en un verso que se confunde con la frase y con la exposición, cerca en ocasiones del abigarramiento que es justificado en el afán mismo de decir. Preguntado por sus influencias, citó una vez Eduardo Gómez nombres como el Neruda de *Residencia en la tierra*, como excepción frente a toda la poesía de su lengua, pues más bien habla de T. Mann, Proust, Baudelaire, Goethe, Marx o Brecht.

Hay una poética suya que dice: "Considero, por tanto, que la poesía no puede seguir marcando, con tan mezquina y masoquística exactitud, sus límites con la prosa artística y que debe nutrirse, renovarse y ponerse a prueba en las fuentes del saber científico y filosófico. En otras palabras, que debe superar la sensibilidad puramente inmanente de los temas convencionalmente poéticos (los cuales implican fórmulas y giros estilísticos) para ampliar sus horizontes". Ampliación sería, entonces, tanto del conocimiento, en cuanto ideas, como del sentimiento y los motivos. Hay, en este caso, más obligación frente al pensar que frente al lenguaje.

Naturalmente, múltiple es la experiencia humana, como múltiples son sus formas de expresión, y dentro de ellas, la poesía, como el ser, es de muchas maneras. En el caso de Eduardo Gómez y de sus poemas todos, hay una constante atención hacia la cara oscura de la vida o hacia la oscuridad que los seres entrañan, con su pobre anécdota vital. Ya lo ha dicho Andrés Holguín, quien en los poemas de Gómez entrevé: "...un mundo sombrío, tétrico, del cual emana una serena, contenida angustia. Sin elocuencia ni patetismo, Eduardo Gómez nos habla de la miseria, de la terrible condición humana. La suya y la del otro. La soledad, el abandono, la tristeza, la frustración y la desesperanza recorren estos poemas donde, súbitamente, algunas metáforas bellísimas iluminan el contexto amargo".

Sin ser oscura, es poesía difícil, acaso por el afán de esencialidad. Y ante la historia baladesca hay varias preguntas: ¿Autobiografía, biografía, vida apócrifa o fantasía?



*Para él todavía no existía la historia/
sino la madre presidiendo
un mundo amable y protector/
cuando la gran casa con flores
cerrada como un convento/
se tornó mezquina para el mundo
de sus sueños/
y los niños delicados y las palomas y los juegos/
dejaron de ser amigos para
tornarse siervos.*

Consta el poema de ocho apartados que pueden equivaler a edades de la vida o a estaciones interiores, en una doble dirección de relato e introspección, de pintura y de análisis, prevaleciendo, sí, el tono irónico, que más que de la crítica viene el desengaño o del desprendimiento, de la tristeza o de una lejanía inmóvil:

*Entró a los claustros del colegio
como a una prisión decorosa/
y huyó silencioso —y con arrogancia secreta—/
de los compañeros venidos de lejanos campos y aldeas.*

Entonces repasa anécdotas, voces, escenarios y, como algo especialmente valioso, la experiencia intelectual, las lecturas y la colección de autores decisivos, en el tránsito doloroso del niño al poeta:

*Prefirió —otra vez— la sencillez de las barriadas/
el arduo lenguaje de pensadores ásperos/
o la ascética discreción de los hombre de ciencia/
cuando no eran Shakespeare, Goethe y Dostoievski/
Tolstoi, Chéjov,*

Mann y Marcel Proust/ Baudelaire, Neruda, Kavafis, Darío y Barba Jacob/ Villon, Brecht, Rilke y Federico García Lorca/ Jean-Paul Sartre, Musil y Kafka/ Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Rafael/ Rembrandt, Van Gogh y Pablo Picasso sus compañeros de viaje por el mundo/ sus interlocutores totales/ las voces de la Especie antiguas como Homero/ Sófocles y su Edipo/ Esquilo y su Orestes Nietzsche y su Zarathustra/ Freud y sus sueños/ Marx radical con su ironía.

Y de la galería nacen o un principio o una postura o una actitud ante la existencia, que serán las que han hecho de este poeta el hombre que es —o del niño el poeta—, y aquello que no fue o dejara de ser:

Esos amigos despertaban la nobleza que había en él su experiencia quijotesca y su risa cervantina.

Otros poemas hablan de otras historias, pero ocurridas a un mismo personaje o a una misma mente, a un mismo tipo de ser humano y de poeta que padece la vida y sus contradicciones, su negación o absurdo.

El libro es como un censo de vivencias, aunque puede también significar en la historia, el recuerdo o el recuento, una toma de postura delante de su obra y universo anteriores, incluida la manera de componer a redactar. Podría ser un punto crítico y un quiebre; no sabríamos si el final de algo o el comienzo también de algo y de alguien.

JAIME GARCÍA MAFFLA

Renovación interior: Libros y otros delirios

Historia baladesca de un poeta

Eduardo Gómez

Universidad Nacional, Bogotá, 1988

En la labor poética actual, en nuestro país, hay un "valor", para emplear el

término apropiado en la filosofía moral de Nietzsche o de Scheler, que resulta excepcional y, por lo mismo, inapreciable: es la autenticidad. Es el que he hallado en los varios libros de poemas escritos por Eduardo Gómez: primero en su *Restauración de la palabra* (1969) —su volumen inicial, magnífico y después en *El continente de los muertos* (1975), en *Movimientos sinfónicos* (1980) y en su reunión de poemas escogidos, *Poesía, 1969-1985*. En el libro que acaba de aparecer, *Historia baladesca de un poeta* (1988), publicado por la Universidad Nacional de Colombia, ese rasgo de sinceridad y autenticidad surge desde los primeros versos. No se trata, como es claro, de buscar y hallar la poesía en una sola vertiente, pues esa autenticidad de raíz puede hallarse en temperamentos líricos tan dispares como el de Jaime Jaramillo Escobar, en María Mercedes Carranza, o en José Manuel Crespo; y es la nota subterránea, tan invisible y parca pero tan real, que se echa de menos en poetas que, por tratar de ser originales o de situarse en un supuesto plano de avanzada, derivan hacia un lirismo que busca primordialmente el desconcierto del lector.



El nuevo libro de Eduardo Gómez muestra una renovación interior muy honda y también, por consiguiente, una renovación en el estilo y en la línea poética. Sigue siendo un poeta en busca de nuevos hallazgos líricos, de nuevas formas de expresión, de estrictos vocablos que traduzcan fielmente su intención poética, el mundo, o los diversos mundos, que el poeta quiere transmitir.

Este volumen trae, ante todo, un poema capital, en torno del cual

giran los otros treinta que constituyen el nuevo poemario. Es el titulado, como el libro mismo *Historia baladesca de un poeta*. Balada a la manera medieval, historia de un testimonio, instantes rescatables de una prolongada emoción lírica... todo ello, pero también visión íntima de la propia vida, del pasado, de lo vivido y lo soñado. Es, desde luego, una prolongada confesión, personalísima, con instantes de angustia y de desgarramiento interior, con hermosas alusiones al mundo secreto de la infancia, la búsqueda de respuestas que siempre se escapan, en la maraña de los días, ideales y decepciones en el doble universo del pensamiento y la emoción y, más allá, el tema obsesivo de la muerte vislumbrada en la ciudad nocturna. La confesión le lleva también a su indagación por el cerrado mundo de la lírica y, más allá, a "las noches agobiantes de una Colombia hinchada por el hedor de cadáveres en campos y ciudades". El verso libre, pero estricto, ceñido a la significación recóndita, va pasando así de la reminiscencia a la actualidad, y del recuerdo teñido de nostalgia a las formas más desnudas de los actos del hombre.

Hay zonas de este poema que deben ser citadas:

Para él todavía no existía la historia/ sino la madre presidiendo un mundo amable y protector/ cuando la gran casa de flores cerrada como un convento/ se tornó mezquina para el mundo de sus sueños/ y los niños delicados y las palomas y los juegos/ dejaron de ser amigos para tornarse siervos./

Los cuentos de hadas les dieron fuerza para crecer con alas/ y en la penumbra de los bosques donde los pájaros invitan/ conoció la incitación del enigma y la búsqueda/ y los ríos le hablaron de sus primeros viajes./

Cuando murió el padre se consoló de esa traición/ contemplando los cementerios a la luz de la luna/ y envidiando los supuestos ensueños de los muertos./ Se convirtió en centro exclusivo de las caricias de la madre/ y al saturarse de sus mimos de leona